

Jack London

El Enemigo del
Mundo Entero

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL ENEMIGO DEL MUNDO ENTERO

JACK LONDON

PUBLICADO: 1908

FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: THE STRENGTH OF THE STRONG (1914)

EL ENEMIGO DEL MUNDO ENTERO

Fue Silas Bannerman quien dio finalmente con aquel prodigio científico y archienemigo de la humanidad, Emil Gluck. La confesión de Gluck, antes de que fuera ejecutado en la silla eléctrica, arrojó mucha luz sobre la serie de misteriosos sucesos — muchos de ellos aparentemente inconexos — que tanto perturbaron al mundo entre los años 1933 y 1941. No fue hasta que se hizo público ese extraordinario documento cuando el mundo llegó a sospechar siquiera que pudiera existir conexión alguna entre el asesinato del rey y la reina de Portugal y los crímenes de los agentes de policía de la ciudad de Nueva York. Aunque los actos de Emil Gluck fueron de la peor calaña, no podemos sino sentir, hasta cierto punto, compasión por ese desgraciado, deforme y maltratado genio. Este aspecto de su historia nunca había sido narrado hasta ahora, y a partir de su confesión, del ingente caudal de pruebas, de los documentos y registros de la época, podemos trazar un retrato bastante fiel de él, y discernir los factores y las presiones que lo moldearon en el monstruo humano que llegó a ser y que lo empujaron hacia adelante y hacia abajo por el terrible camino que recorrió.

Emil Gluck nació en Syracuse, Nueva York, en 1895. Su padre, Josephus Gluck, era policía auxiliar y vigilante nocturno, y en el año 1900 murió repentinamente de pulmonía. La madre, una criatura bella y frágil que antes de casarse había sido sombrerera, se consumió de dolor por la pérdida de su marido. Esa sensibilidad de la madre fue la herencia que en el muchacho se tornó mórbida y terrible.

En 1901, el niño Emil, que tenía entonces seis años, fue a vivir con su tía, la señora Ann Bartell. Era hermana de su madre, pero en su pecho no había

sentimiento afectuoso alguno hacia ese niño sensible y apocado. Ann Bartell era una mujer vanidosa, frívola y sin corazón. Además, estaba aquejada por la pobreza y cargaba con un marido holgazán, veleidoso y sin oficio ni beneficio. El joven Emil Gluck no era bienvenido, y podía confiarse en que Ann Bartell se encargaría de hacérselo saber de manera más que suficiente. Como muestra del trato que recibió en ese periodo temprano y formativo, se ofrece el siguiente episodio.

Cuando llevaba poco más de un año viviendo en casa de los Bartell, se rompió una pierna. Se lesionó jugando en el tejado, que estaba prohibido — como han hecho todos los chicos y seguirán haciéndolo hasta el fin de los tiempos —. La pierna quedó rota por dos sitios entre la rodilla y el muslo. Emil, ayudado por sus asustados compañeros de juego, consiguió arrastrarse hasta la acera de la entrada, donde se desmayó. Los niños del barrio le tenían miedo a la arpía de rostro duro que presidía la casa de los Bartell; pero, haciendo acopio de valor, llamaron al timbre y comunicaron a Ann Bartell el accidente. Ella ni siquiera miró al pequeño que yacía postrado en la acera, sino que dio un portazo y volvió a su barreño de lavar. El tiempo fue pasando. Comenzó a lloviznar, y Emil Gluck, ya fuera del desmayo, yacía sollozando bajo la lluvia. La pierna debería haberse encajado de inmediato. Tal como estaban las cosas, la inflamación se disparó con rapidez y complicó seriamente la situación. Al cabo de dos horas, las indignadas vecinas del barrio protestaron ante Ann Bartell. Esta vez sí salió y miró al muchacho. Además le dio una patada en el costado mientras él yacía indefenso a sus pies, y lo repudió histéricamente. No era hijo suyo, dijo, y recomendó que llamaran a la ambulancia para llevarlo al hospital municipal de urgencias. Luego volvió a entrar en casa.

Fue una mujer, Elizabeth Shepstone, quien acertó a pasar por allí, se enteró de la situación e hizo que colocaran al niño sobre una hoja de contraventana. Fue ella quien llamó al médico y quien, haciendo a un lado a Ann Bartell, hizo que llevaran al niño adentro de la casa. Cuando llegó el médico, Ann Bartell se apresuró a advertirle que no le pagaría sus honorarios. Durante dos meses, el pequeño Emil estuvo en cama; el primer mes boca arriba, sin que lo cambiaran de postura ni una sola vez, y yació desatendido y solo, salvo por las esporádicas visitas del médico, que trabajaba sin cobrar y estaba desbordado de trabajo. No tenía juguetes, nada con que entretener las largas y tediosas horas. Nadie le dirigía una palabra amable, nadie posaba

una mano reconfortante sobre su frente, no había el menor gesto o acto de cariñosa ternura —nada salvo los reproches y la dureza de Ann Bartell, y la información reiterada sin cesar de que no era bienvenido—. Y puede comprenderse perfectamente que en semejante entorno se fuera gestando en ese niño solitario y desatendido mucha de la amargura y la hostilidad hacia sus semejantes que más tarde habría de expresarse en actos tan espantosos que aterrorizaron al mundo.

Podría parecer extraño que Emil Gluck recibiera una educación universitaria de manos de Ann Bartell; pero la explicación es sencilla. Su marido inútil, que la había abandonado, tuvo un golpe de suerte en las minas de oro de Nevada y volvió a su lado hecho un millonario varias veces en. Ann Bartell odiaba al muchacho y de inmediato lo mandó a la Academia de Farristown, a unos ciento sesenta kilómetros de distancia. Tímido y sensible, un alma pequeña, solitaria e incomprendida, en Farristown se sentía más solo que nunca. Nunca volvía a casa en vacaciones y días festivos, como hacían los demás chicos. En cambio, vagaba por los edificios y terrenos desiertos, tratado con cierta amabilidad pero incomprendido por los criados y los jardineros; se recuerda que leía mucho, que pasaba sus días en los campos o ante la chimenea con la nariz hundida siempre entre las páginas de algún libro. Fue en esa época cuando forzó demasiado la vista y se vio obligado a usar gafas, las mismas que resultan tan llamativas en las fotografías suyas publicadas por los periódicos en 1941.

Era un estudiante extraordinario. Una dedicación como la suya habría llevado lejos a cualquiera; pero él no necesitaba dedicación. Un solo vistazo a un texto le bastaba para dominarlo. El resultado fue que llevó a cabo una ingente labor de lecturas complementarias y adquirió más en medio año de lo que adquiriría el estudiante medio en seis años. En 1909, con apenas catorce años, estaba preparado —«más que preparado», dijo el director de la academia— para ingresar en Yale o Harvard. Su corta edad le impidió ingresar en esas universidades, y así, en 1909, lo encontramos como estudiante de primer año en el histórico Bowdoin College. En 1913 se licenció con los más altos honores e inmediatamente después siguió al profesor Bradlough a Berkeley, California. El único amigo que Emil Gluck encontró en toda su vida fue el profesor Bradlough. Los pulmones débiles de este último le habían llevado a cambiar Maine por California, traslado que se vio facilitado por el ofrecimiento de una cátedra en la Universidad Estatal. A lo largo del año

1914, Emil Gluck residió en Berkeley y cursó asignaturas científicas especializadas. Hacia finales de ese año, dos muertes cambiaron sus perspectivas y su relación con la vida. La muerte del profesor Bradlough le arrebató al único amigo que habría de conocer en su vida, y la muerte de Ann Bartell lo dejó sin un céntimo. Odiándolo hasta el final, lo dejó en el testamento con cien dólares.

Al año siguiente, con veinte años, Emil Gluck fue contratado como instructor de química en la Universidad de California. Allí los años transcurrieron con calma; cumplió fielmente con el trabajo rutinario que le proporcionaba el sueldo y, eterno estudiante, obtuvo media docena de títulos. Era, entre otras cosas, doctor en Sociología, en Filosofía y en Ciencias, aunque el mundo lo conocería, en los años venideros, únicamente como el profesor Gluck.

Tenía veintisiete años cuando saltó a la actualidad en los periódicos por primera vez, con la publicación de su libro *Sexo y progreso*. El libro sigue siendo hoy un hito en la historia y la filosofía del matrimonio. Es un voluminoso tomo de más de setecientas páginas, meticuloso y preciso en grado sumo, y de una originalidad asombrosa. Era un libro para científicos, no concebido para causar revuelo. Pero Gluck, en el último capítulo, dedicándole apenas tres líneas, mencionó la hipotética conveniencia de los matrimonios de prueba. De inmediato los periódicos se apoderaron de esas tres líneas, las «explotaron en clave amarillista», como se decía en argot por entonces, y pusieron a todo el mundo a reírse de Emil Gluck, el joven profesor con gafas de veintisiete años. Los fotógrafos lo acosaban, los reporteros lo asediaban, los clubes femeninos de todo el país aprobaban resoluciones condenándolo a él y a sus inmorales teorías; y en el seno de la Asamblea de California, mientras se debatía la asignación presupuestaria estatal a la Universidad, se presentó una moción que exigía la expulsión de Gluck bajo amenaza de retirar dicha asignación —por supuesto, ninguno de sus perseguidores había leído el libro; la versión distorsionada que habían dado los periódicos de esas escasas tres líneas les bastaba—. Aquí comenzó el odio de Emil Gluck hacia los periodistas. Ellos habían convertido su obra seria e intrínsecamente valiosa, fruto de seis años de trabajo, en objeto de burla y de notoriedad. Hasta el día de su muerte, y para su eterno pesar, jamás los perdonó.

Fueron los periódicos los responsables del siguiente desastre que le sobrevino. Durante los cinco años siguientes a la publicación de su libro había guardado silencio, y el silencio no es bueno para un hombre solitario. Cabe imaginar con cierta empatía la espantosa soledad de Emil Gluck en esa populosa universidad; pues vivía sin amigos y sin comprensión. Su único recurso eran los libros, y siguió leyendo y estudiando de manera ingente. Pero en 1927 aceptó una invitación para comparecer ante la Sociedad de Interés Humano de Emeryville. No se fiaba de hablar improvisando, y mientras escribimos esto tenemos ante nosotros una copia de su docta ponencia. Es sobria, erudita y científica, y ha de añadirse también que conservadora. Pero en un pasaje trataba, y cito sus palabras, «la revolución industrial y social que está teniendo lugar en la sociedad». Un reportero presente se apoderó de la palabra «revolución», la desgajó del texto y redactó un relato deformado que hacía aparecer a Emil Gluck como un anarquista. De inmediato, «el profesor Gluck, anarquista» ardió por los telégrafos y fue debidamente «destacado» en todos los periódicos del país.

Había intentado responder al anterior ataque periodístico, pero ahora guardó silencio. La amargura ya había corroído su alma. El claustro universitario le instó a defenderse, pero él se negó hoscamente, rechazando incluso presentar una copia de su ponencia en su defensa para salvarse de la expulsión. Se negó a dimitir y fue destituido del claustro universitario. Debe añadirse que se había ejercido presión política sobre el Consejo de Administración de la Universidad y sobre su rector.

Perseguido, difamado e incomprendido, el desdichado y solitario hombre no hizo ningún intento de represalia. Toda su vida había sido víctima de la maldad ajena, y toda su vida él no había causado mal a nadie. Pero su cáliz de amargura aún no estaba colmado. Habiendo perdido su puesto y sin ningún ingreso, tuvo que buscar trabajo. Su primer empleo fue en los Talleres de Hierro Union, en San Francisco, donde demostró ser un delineante de gran valía. Fue aquí donde adquirió su conocimiento de primera mano sobre los acorazados y su construcción. Pero los reporteros lo descubrieron e hicieron reportajes sobre él en su nueva ocupación. Dimitió de inmediato y encontró otro empleo; pero después de que los reporteros lo hubieran hecho huir de media docena de puestos, se armó de valor para plantar cara a la persecución periodística. Esto ocurrió cuando instaló su taller de galvanoplastia —en Oakland, en Telegraph Avenue—. Era un pequeño negocio que

empleaba a tres hombres y dos muchachos. El propio Gluck trabajaba largas jornadas. Noche tras noche, según declaró el agente Carew en el estrado, no abandonaba el taller hasta la una o las dos de la madrugada. Fue durante este periodo cuando perfeccionó el mejorado dispositivo de encendido para motores de gas, cuyas regalías acabarían haciéndole rico.

Instaló su taller de galvanoplastia a principios de la primavera de 1928, y fue ese mismo año cuando trabó el desastroso vínculo amoroso con Irene Tackley. Ahora bien, no es de imaginar que una criatura tan extraordinaria como Emil Gluck pudiera ser otra cosa que un amante extraordinario. Además de su genio, su soledad y su morbosidad, ha de tenerse en cuenta que no sabía nada de las mujeres. Cualquiera que fuesen las mareas de deseo que inundaban su ser, no estaba avezado en la expresión convencional de las mismas; mientras que su timidez excesiva estaba destinada a hacer inusual su manera de cortejar. Irene Tackley era una joven bastante guapa, pero frívola y casquivana. En aquella época trabajaba en una pequeña confitería al otro lado de la calle, frente al taller de Gluck. Él solía entrar a tomar refrescos de helado y limonadas, y no dejaba de mirarla. Al parecer, la joven no sentía nada por él y simplemente jugaba con sus sentimientos. Era «raro», decía ella; y en otra ocasión lo llamó excéntrico al describir cómo se sentaba en el mostrador y la miraba fijamente a través de sus gafas, ruborizándose y tartamudeando cuando ella le prestaba atención, y saliendo con frecuencia de la tienda en precipitada confusión.

Gluck le hacía los regalos más asombrosos: un juego de té de plata, un anillo de diamantes, un conjunto de pieles, unos prismáticos de ópera, una *Historia del mundo* en varios gruesos volúmenes y una motocicleta totalmente chapada en plata en su propio taller. Entra ahora en escena el amante de la joven, que se planta, muestra su gran irritación y la obliga a devolver el extraño surtido de regalos de Gluck. Este hombre, William Sherbourne, era un ser tosco e imperturbable, un individuo de mandíbula prominente y clase obrera que se había convertido en un modesto pero exitoso contratista de obras. Gluck no entendía nada. Intentó obtener una explicación, tratando de hablar con la joven cuando salía del trabajo por las tardes. Ella se quejó a Sherbourne, y una noche este le propinó una paliza a Gluck. Fue una paliza muy severa, pues consta en los registros del Hospital de Urgencias de la Cruz Roja que Gluck fue atendido allí esa noche y no pudo abandonar el hospital en toda una semana.

Aun así, Gluck seguía sin entender. Continuó buscando una explicación por parte de la joven. Temiendo a Sherbourne, solicitó al jefe de policía permiso para portar un revólver, permiso que le fue denegado, mientras los periódicos, como de costumbre, lo explotaban de manera sensacionalista. Entonces llegó el asesinato de Irene Tackley, seis días antes de su proyectada boda con Sherbourne. Fue un sábado por la noche. Había trabajado hasta tarde en la confitería, y salió pasadas las once con el sueldo semanal en el bolso. Tomó el tranvía de la avenida San Pablo hasta la calle Treinta y cuatro, donde bajó y empezó a caminar las tres manzanas que la separaban de su casa. Esa fue la última vez que alguien la vio con vida. A la mañana siguiente la encontraron estrangulada en un solar.

Emil Gluck fue detenido de inmediato. Nada de lo que pudiera hacer podía salvarle. Fue condenado no solo sobre la base de indicios, sino sobre pruebas «fabricadas» por la policía de Oakland. No hay discusión posible en cuanto a que una gran parte de las pruebas fue fabricada. El testimonio del capitán Shehan fue el perjurio más descarado, pues se probó mucho después que la noche en cuestión no solo no se encontraba en las inmediaciones del crimen, sino que estaba fuera de la ciudad, en un lugar de recreo en la carretera de San Leandro. El desgraciado Gluck fue condenado a cadena perpetua en San Quintín, mientras que los periódicos y el público consideraban que se trataba de un error judicial —que debería habersele impuesto la pena de muerte—.

Gluck ingresó en la prisión de San Quintín el 17 de abril de 1929. Tenía entonces treinta y cuatro años. Y durante tres años y medio, gran parte de ese tiempo en régimen de aislamiento, se le dejó meditar sobre la injusticia de los hombres. Fue durante ese periodo cuando su amargura hizo presa definitivamente en él y se convirtió en un ser que odiaba a todos sus semejantes. Otras tres cosas hizo durante ese mismo periodo: escribió su famoso tratado, *La moral humana*, su notable panfleto, *El cuerdo criminal*, y elaboró su terrible y monstruoso plan de venganza. Fue un episodio ocurrido en su taller de galvanoplastia el que le sugirió su singular arma de venganza. Según se afirma en su confesión, elaboró cada detalle teóricamente durante su encarcelamiento, y al ser puesto en libertad pudo embarcarse de inmediato en su carrera de venganza.

Su puesta en libertad fue sensacional. También fue lamentable y criminalmente retrasada por el insensible papeleo legal entonces en boga. En la

noche del 1 de febrero de 1932, Tim Haswell, un atracador, recibió un disparo durante un intento de robo perpetrado contra un ciudadano de Piedmont Heights. Tim Haswell sobrevivió tres días, durante los cuales no solo confesó el asesinato de Irene Tackley, sino que aportó pruebas concluyentes del mismo. Bert Danniker, un recluso que agonizaba de tuberculosis en la prisión de Folsom, quedó implicado como cómplice, y su confesión no tardó en llegar. Nos resulta inconcebible a los de hoy —los torpes y dilatorios procesos de la justicia de hace una generación—. La inocencia de Emil Gluck quedó probada en febrero, y sin embargo no fue puesto en libertad hasta el octubre siguiente. Durante ocho meses, gravemente agraviado, se vio obligado a soportar su innmercido castigo. Esto no era propicio para la dulzura y la serenidad, y bien podemos imaginar cómo se consumió de amargura durante esos lúgubres ocho meses.

Regresó al mundo en el otoño de 1932, siendo, como de costumbre, tema «de portada» en todos los periódicos. Los periódicos, en lugar de expresar un arrepentimiento sincero, prosiguieron con su vieja persecución sensacionalista. Un diario fue más lejos: el *San Francisco Intelligencer*. John Hartwell, su director, elaboró una ingeniosa teoría que sorteaba las confesiones de los dos criminales y pretendía demostrar que Gluck era, en definitiva, el responsable del asesinato de Irene Tackley. Hartwell murió. Y Sherbourne también murió, mientras que el agente Phillipps recibió un disparo en la pierna y fue dado de baja del cuerpo de policía de Oakland.

El asesinato de Hartwell fue durante mucho tiempo un misterio. Se encontraba solo en su despacho de redacción en aquel momento. El botones oyó las detonaciones del revólver y entró corriendo, para hallar a Hartwell agonizando en su sillón. Lo que desconcertaba a la policía era el hecho, no ya de que le hubieran disparado con su propio revólver, sino de que el revólver hubiese estallado dentro del cajón de su escritorio. Las balas habían atravesado el frente del cajón y penetrado en su cuerpo. La policía descartó la hipótesis del suicidio, el asesinato se rechazó por absurdo, y la culpa recayó sobre la Eureka Smokeless Cartridge Company. Una explosión espontánea fue la explicación policial, y los químicos de la fábrica de cartuchos se vieron duramente hostigados en la instrucción del caso. Pero lo que la policía ignoraba era que al otro lado de la calle, en el Edificio Mercer, la habitación 633, alquilada por Emil Gluck, había estado ocupada por Emil

Gluck en el preciso instante en que el revólver de Hartwell estalló tan misteriosamente.

Por entonces no se estableció relación alguna entre la muerte de Hartwell y la muerte de William Sherbourne. Sherbourne había seguido viviendo en la casa que había edificado para Irene Tackley, y una mañana de enero de 1933 lo encontraron muerto. Suicidio fue el veredicto de la instrucción judicial, pues había recibido un disparo de su propio revólver. Lo curioso que ocurrió aquella noche fue el disparo que abatió al agente Phillipps en la acera, frente a la casa de Sherbourne. El policía se arrastró hasta un teléfono de la comisaría en la esquina y pidió una ambulancia. Aseguraba que alguien le había disparado en la pierna por la espalda. La pierna en cuestión quedó tan destrozada por tres balas del calibre 38 que fue necesaria la amputación. Pero cuando la policía descubrió que el daño lo había causado su propio revólver, se alzó una gran carcajada, y se le acusó de haber estado borracho. Pese a negar que hubiera probado una sola gota, y a su insistente afirmación de que el revólver había permanecido en el bolsillo trasero y de que no había puesto un dedo en él, fue expulsado del cuerpo. La confesión de Emil Gluck, seis años después, limpió de deshonra al desdichado agente, que hoy vive con buena salud y disfruta de una generosa pensión municipal.

Emil Gluck, tras haberse deshecho de sus enemigos más inmediatos, buscaba ahora un campo más amplio, aunque su odio hacia los periodistas y hacia la policía permaneció siempre vivo. Los derechos de autor de su dispositivo de encendido para motores de gasolina se habían ido acumulando mientras yacía en prisión, y año tras año aumentaba el poder de renta de su invento. Era independiente, capaz de viajar a donde quisiera por la faz de la tierra y de saciar su monstruoso apetito de venganza. Se había convertido en un monomaniaco y en un anarquista; no un anarquista filosófico, meramente, sino un anarquista violento. Quizá el término esté mal empleado, y se le describa mejor como un nihilista, o un aniquilista. Se sabe que no se afilió a ninguno de los grupos terroristas. Operaba enteramente solo, pero sembró mil veces más terror y logró mil veces más destrucción que todos los grupos terroristas juntos.

Anunció su partida de California volando por los aires Fort Mason. En su confesión hablaba de ello como de un pequeño experimento: no hacía más que probar su destreza. Durante ocho años vagó por la tierra, un terror misterioso, destruyendo propiedades por valor de cientos de millones de dóla-

res y segando innumerables vidas. Un buen resultado de sus terribles fechorías fue la destrucción que causó entre los propios terroristas. Cada vez que hacía algo, la redada policial recogía a los terroristas de las cercanías, y muchos de ellos fueron ejecutados. Diecisiete fueron ejecutados solo en Roma, a raíz del asesinato del rey de Italia.

Quizá la más asombrosa de sus hazañas, ante los ojos del mundo, fuera el asesinato del rey y la reina de Portugal. Era el día de su boda. Se habían tomado todas las precauciones posibles contra los terroristas, y el camino desde la catedral, a través de las calles de Lisboa, estaba flanqueado por una doble hilera de tropas, mientras un escuadrón de doscientos jinetes rodeaba la carroza. De pronto sucedió lo increíble. Los fusiles automáticos de los jinetes empezaron a dispararse, y con ellos los fusiles, en las inmediaciones, de la doble hilera de infantería. En medio del pánico, las bocas de los fusiles que se disparaban apuntaban en todas direcciones. La matanza fue espantosa: caballos, tropas, espectadores, el rey y la reina, todos quedaron acribillados a balazos. Para complicar aún más el asunto, en distintos puntos de la muchedumbre, tras los soldados de a pie, a dos terroristas les estallaron las bombas encima. Esas bombas pensaban arrojarlas si se les presentaba la ocasión. Pero ¿quién iba a saberlo? Los espantosos estragos de las bombas al reventar no hicieron más que aumentar la confusión; se consideraron parte del ataque general.

Un detalle desconcertante que no hubo modo de explicar fue la conducta de los jinetes con sus fusiles que se disparaban solos. Parecía imposible que estuvieran en el complot, y sin embargo ahí estaban los cientos de personas abatidas por sus balas, entre ellas el rey y la reina. Por otra parte, más desconcertante todavía era el hecho de que el setenta por ciento de los propios jinetes hubiera muerto o resultado herido. Algunos lo explicaban aduciendo que los leales soldados de a pie, al ver el ataque contra la carroza real, habían abierto fuego contra los traidores. Sin embargo, no se pudo arrancar a los supervivientes ni una sola prueba que corroborara esto, aunque a muchos se los sometió a tortura. Sostenían con tozudez que ellos no habían disparado sus fusiles en absoluto, sino que los fusiles se habían disparado solos. Los químicos se reían de ellos, pues sostenían que, si bien era apenas probable que un solo cartucho, cargado con la nueva pólvora sin humo, estallara espontáneamente, quedaba fuera de toda probabilidad y posibilidad que todos los cartuchos de una zona dada, así cargados, estallasen espontá-

neamente. Y así, al final, no se llegó a explicación alguna del asombroso suceso. La opinión general del resto del mundo fue que todo el asunto había sido un pánico ciego de los febriles latinos, precipitado, eso sí, por el estallido de dos bombas terroristas; y a este respecto se recordó el risible encuentro de muchos años atrás entre la flota rusa y los barcos de pesca ingleses.

Y Emil Gluck reía por lo bajo y seguía su camino. Él lo sabía. Pero ¿cómo iba a saberlo el mundo? Había dado con el secreto en su vieja galvanoplastia de Telegraph Avenue, en la ciudad de Oakland. Ocurrió, por entonces, que la Thurston Power Company instaló una estación de telegrafía sin hilos cerca de su taller. Al poco tiempo, su cuba de galvanoplastia dejó de funcionar. El cableado de la cuba tenía muchas juntas defectuosas y, al investigarlo, Gluck descubrió diminutas soldaduras en las juntas del cableado. Estas, al reducir la resistencia, habían provocado que pasara una corriente excesiva a través de la solución, «hirviéndola» y echando a perder el trabajo. Pero ¿qué había causado las soldaduras? Esa era la pregunta que rondaba la mente de Gluck. Su razonamiento fue sencillo. Antes de instalarse la estación inalámbrica, la cuba funcionaba bien. No fue hasta después de instalarse la estación inalámbrica cuando la cuba quedó inservible. Por lo tanto, la estación inalámbrica había sido la causa. Pero ¿cómo? Respondió enseguida a la pregunta. Si una descarga eléctrica era capaz de accionar un cohesor a través de casi cinco mil kilómetros de océano, entonces, con toda certeza, las descargas eléctricas de la estación inalámbrica situada a ciento veinte metros de distancia podían producir efectos de cohesor en las juntas defectuosas del cableado de la cuba.

Gluck no volvió a pensar en ello por el momento. Se limitó a recablear su cuba y siguió con la galvanoplastia. Pero más tarde, en prisión, recordó el incidente, y como un relámpago acudió a su mente todo su significado. Vio en ello el arma silenciosa y secreta con que vengarse del mundo. Su gran descubrimiento, que murió con él, fue el control sobre la dirección y el alcance de la descarga eléctrica. En aquel entonces, este era el problema sin resolver de la telegrafía sin hilos — como lo sigue siendo hoy —, pero Emil Gluck, en su celda de la prisión, lo dominó. Y, cuando quedó en libertad, lo aplicó. Era bastante sencillo, dado el poder de dirección que poseía, introducir una chispa en los polvorines de un fuerte, de un acorazado o de un revólver. Y no solo podía hacer estallar así la pólvora a distancia, sino que po-

día prender incendios. El gran incendio de Boston lo provocó él; de forma completamente accidental, eso sí, según declaró en su confesión, añadiendo que fue un accidente agradable y que nunca había tenido motivo alguno para lamentarlo.

Fue Emil Gluck quien provocó la terrible guerra germano-estadounidense, con la pérdida de 800.000 vidas y el dispendio de un tesoro casi incalculable. Se recordará que en 1939, a causa del incidente Pickard, existían relaciones tensas entre ambos países. Alemania, aunque agraviada, no ansiaba la guerra y, como prenda de paz, envió al príncipe heredero y a siete acorazados en visita amistosa a los Estados Unidos. La noche del 15 de febrero, los siete buques de guerra estaban fondeados en el Hudson, frente a la ciudad de Nueva York. Y esa noche Emil Gluck, solo, con todos sus aparatos a bordo, se hallaba fuera en una lancha. Esta lancha, según se probó después, se la había comprado a la Ross Turner Company, mientras que buena parte del instrumental que empleó aquella noche lo había adquirido a la Columbia Electric Works. Pero esto no se supo en su momento. Todo lo que se supo fue que los siete acorazados volaron por los aires, uno tras otro, a intervalos regulares de cuatro minutos. El noventa por ciento de las tripulaciones y los oficiales, junto con el príncipe heredero, perecieron. Muchos años antes, el acorazado estadounidense *Maine* había volado por los aires en el puerto de La Habana, y a ello había seguido de inmediato la guerra con España, aunque siempre ha existido una duda razonable sobre si la explosión se debió a una conspiración o a un accidente. Pero un accidente no podía explicar la voladura de los siete acorazados en el Hudson a intervalos de cuatro minutos. Alemania creyó que lo había hecho un submarino, y declaró la guerra de inmediato. Fue seis meses después de la confesión de Gluck cuando devolvió las Filipinas y Hawái a los Estados Unidos.

Entretanto, Emil Gluck, el malévolo brujo y archienemigo del género humano, recorría su vertiginosa senda de destrucción. No dejaba rastro. Científicamente meticuloso, siempre lo limpiaba todo tras de sí. Su método consistía en alquilar una habitación o una casa e instalar en secreto sus aparatos, unos aparatos que, dicho sea de paso, perfeccionó y simplificó de tal modo que apenas ocupaban espacio. Una vez cumplido su propósito, retiraba cuidadosamente el instrumental. Todo apuntaba a que viviría una larga vida de crímenes horrendos.

La epidemia de disparos contra los policías de la ciudad de Nueva York fue un asunto notable. Se convirtió en uno de los misterios de horror de la época. En dos breves semanas, más de cien policías recibieron disparos en las piernas de sus propios revólveres. El inspector Jones no resolvió el misterio, pero fue idea suya lo que al fin burló a Gluck. Por recomendación suya, los policías dejaron de llevar revólveres, y no volvieron a producirse disparos accidentales.

Fue a comienzos de la primavera de 1940 cuando Gluck destruyó el arsenal naval de Mare Island. Desde una habitación de Vallejo lanzó sus descargas eléctricas al otro lado del estrecho de Vallejo, hasta Mare Island. Primero dirigió sus fogonazos sobre el acorazado *Maryland*. Estaba amarrado al muelle de uno de los pañoles de minas. En su cubierta de proa, sobre una enorme plataforma provisional de maderos, había dispuestas más de cien minas. Esas minas estaban destinadas a la defensa de la Golden Gate. Cualquiera de esas minas era capaz de destruir una docena de acorazados, y había más de cien minas. La destrucción fue tremenda, pero no fue más que la obertura de Gluck. Fue paseando sus fogonazos por la orilla de Mare Island, volando cinco lanchas torpederas, la estación de torpedos y el gran pañol del extremo oriental de la isla. De vuelta hacia el oeste, y arrasando de paso algún que otro pañol aislado en las alturas que dominaban la costa, voló tres cruceros y los acorazados *Oregon*, *Delaware*, *New Hampshire* y *Florida*; este último acababa de entrar en dique seco, y el magnífico dique seco quedó destruido junto con él.

Fue una catástrofe pavorosa, y un escalofrío de horror recorrió el país. Pero no fue nada comparado con lo que estaba por venir. A finales del otoño de aquel año, Emil Gluck barrió de un plumazo el litoral atlántico desde Maine hasta Florida. Nada escapó. Fuertes, minas, defensas costeras de toda clase, estaciones de torpedos, pañoles: todo saltó por los aires. Tres meses después, en pleno invierno, azotó la costa norte del Mediterráneo desde Gibraltar hasta Grecia del mismo modo estupefaciente. Un lamento se alzó de las naciones. Estaba claro que una mano humana se hallaba detrás de toda aquella destrucción, e igual de claro estaba, por la imparcialidad de Emil Gluck, que la destrucción no era obra de ninguna nación en particular. Una cosa era patente, a saber: que, quienquiera que fuese el hombre que estaba detrás de todo, ese hombre era una amenaza para el mundo. Ninguna nación estaba a salvo. No había defensa alguna contra aquel enemigo desconocido

y todopoderoso. La guerra era inútil; más aún, no solo inútil, sino la esencia misma del peligro. Durante doce meses cesó la fabricación de pólvora, y todos los soldados y marineros fueron retirados de todas las fortificaciones y buques de guerra. E incluso se consideró seriamente un desarme mundial en la Convención de las Potencias, celebrada por aquel entonces en La Haya.

Y entonces Silas Bannerman, un agente del servicio secreto de los Estados Unidos, saltó a la fama mundial al detener a Emil Gluck. Al principio se rieron de Bannerman, pero había preparado bien su caso, y en pocas semanas hasta los más escépticos quedaron convencidos de la culpabilidad de Emil Gluck. Sin embargo, lo único que Silas Bannerman nunca consiguió explicar, ni siquiera a su propia satisfacción, fue cómo llegó por primera vez a relacionar a Gluck con los atroces crímenes. Es cierto que Bannerman se hallaba en Vallejo, en misión secreta del gobierno, en el momento de la destrucción de Mare Island; y es cierto que en las calles de Vallejo le señalaron a Emil Gluck como a un chiflado extravagante; pero en su momento no le produjo impresión alguna. No fue hasta después, estando de vacaciones en las Montañas Rocosas y leyendo los primeros informes publicados sobre la destrucción a lo largo de la costa atlántica, cuando de pronto Bannerman pensó en Emil Gluck. Y al instante le vino a la mente, como un relámpago, la conexión entre Gluck y la destrucción. No era más que una hipótesis, pero bastaba. Lo grande fue la concepción de la hipótesis, en sí misma un acto de cerebración inconsciente, algo tan inexplicable como el destello con que, por ejemplo, surgió en la mente de Newton el principio de la gravitación.

El resto fue fácil. ¿Dónde estaba Gluck en el momento de la destrucción a lo largo del litoral atlántico? Esa fue la pregunta que se formó en la mente de Bannerman. A petición propia, se le puso al frente del caso. En un abrir y cerrar de ojos averiguó que el propio Gluck había recorrido de arriba abajo la costa atlántica a finales del otoño de 1940. También averiguó que Gluck había estado en la ciudad de Nueva York durante la epidemia de disparos contra los agentes de policía. ¿Dónde estaba Gluck ahora? Fue la siguiente pregunta de Bannerman. Y, como en respuesta, llegó la destrucción en masa a lo largo del Mediterráneo. Gluck había zarpado para Europa un mes antes; Bannerman lo sabía. No fue necesario que Bannerman fuera a Europa. Por medio de mensajes por cable y de la cooperación de los servicios secretos europeos, siguió el rastro de Gluck a lo largo del Mediterráneo y comprobó

que en cada caso coincidía con la voladura de defensas costeras y de barcos. También se enteró de que Gluck acababa de zarpar rumbo a los Estados Unidos en el transatlántico *Plutonic*, de la Green Star.

El caso estaba completo en la mente de Bannerman, aunque en el intervalo de espera fue perfilando los detalles. En ello le prestó una hábil ayuda George Brown, un operador al servicio del Wood's System of Wireless Telegraphy. Cuando el *Plutonic* arribó frente a Sandy Hook, Bannerman lo abordó desde un remolcador del gobierno, y Emil Gluck fue hecho prisionero. Siguieron el juicio y la confesión. En la confesión, Gluck manifestó lamentar una sola cosa, a saber: haberse tomado su tiempo. Como dijo, de haber sospechado que alguna vez sería descubierto, habría trabajado con mayor rapidez y logrado mil veces la destrucción que causó. Su secreto murió con él, aunque hoy se sabe que el gobierno francés se las arregló para acceder a él y le ofreció mil millones de francos por su invento, con el que era capaz de dirigir y confinar estrechamente las descargas eléctricas. «¡Cómo! —fue la respuesta de Gluck—, ¿venderos a vosotros aquello que os permitiría esclavizar y maltratar a la sufriente Humanidad?». Y aunque los ministerios de la guerra de las naciones han seguido experimentando en sus laboratorios secretos, hasta el momento no han logrado dar con el más leve rastro del secreto. Emil Gluck fue ejecutado el 4 de diciembre de 1941, y así murió, a los cuarenta y seis años, uno de los genios más desdichados del mundo, un hombre de portentoso intelecto, pero cuyas poderosas facultades, en lugar de encaminarse al bien, se torcieron y deformaron de tal modo que llegó a ser el más asombroso de los criminales.

—Extraído de las *Excentricidades del crimen* del señor A. G. Burnside, con la amable autorización de los editores, los señores Holiday y Whitsund.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB